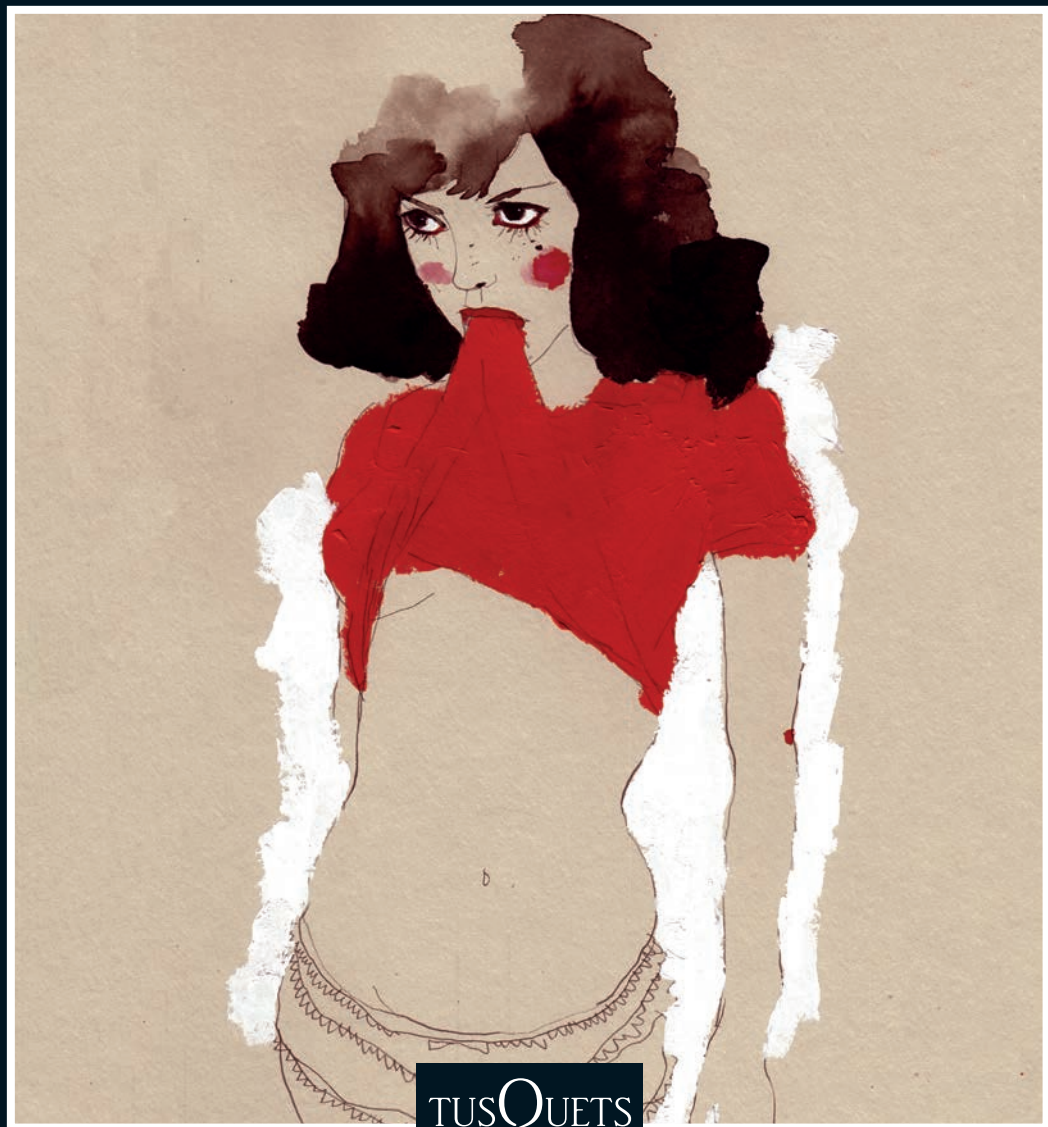


Guillem Sala

EL CASTIGO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GUILLEM SALA
EL CASTIGO

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *El càstig*

1.ª edición: abril de 2021

© Guillem Sala Lorda, 2021

De la traducción: © Guillem Sala Lorda, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-946-4

Depósito legal: B. 4.007-2021

Fotocomposición: Moelmo

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Primer trimestre	11
Segundo trimestre	77
Tercer trimestre	139
Vacaciones	177

Sandra se levanta tarde otra vez, vaya mierda. ¿De dónde le viene? Su hermana se levantaba siempre a la primera. Su madre lo dice, ¿cómo pueden ser tan distintas si las he criado igual?

El metro a reventar, hormigas de mal aliento, puta hora punta. Llega al instituto sin duchar. Los chavales ya están en clase. Vaya jeto, seño, dice Izan por el pasillo, Izan también llega tarde. Ella dice buenos días con tono de no te pases y entran juntos en el aula. Y Sandra vuelve a decir buenos días, esta vez con entusiasmo, pero joder, si quieres caña a esta hora métete en una clase de primero de ESO. Son las nueve de la mañana y ya están aburridos o histéricos. Sandra tiene que explicar la hidrosfera, alguien pregunta por el cambio de clima, cambio climático, dice Sandra y le viene un flash, el aliento del metro aún y como una conciencia de especie con esos cachorros de sapiens ahí y piensa qué queréis que os diga, chavales, somos una puta plaga.

A media mañana, café en la sala de profesores. Sandra lleva un monedero de abuela, grande y con el cierre dorado, el café cuesta cincuenta y cinco céntimos en la máquina, en total son tres o cuatro cafés al día y es una de las cosas que Sandra quiere cambiar. Pero justo el café de media mañana es el más útil porque se entera de los acuerdos del claustro, los cambios en el currículum o el nuevo proyecto competencial transversal o como se llame. Sandra está pez en el tema burocrático.

Minu es el otro nuevo de este año pero está al tanto de todo. Al principio Sandra se hizo amiga de Minu por eso y ahora es una relación significativa porque con Albert, su pareja, Sandra evita hablar de Minu.

Le gusta cómo lleva la camisa remangada. Le gustan sus brazos y los brazos son la interfaz del cuerpo. Cuando tenemos que intervenir físicamente en el entorno, activamos los brazos y Minu los maneja con soltura. Con los chavales, le basta con los brazos para que se sientan involucrados. A la abuela de Sandra le colgaba una lorza de grasa de cada brazo y a Sandra le gustaba menearlas y la abuela se dejaba. Es un placer que los niños te manipulen. Los niños investigan el cuerpo de los adultos si están a gusto. ¿Pronto te morirás, verdad, yaya? Pues sí, nena, pues sí y algunos niños, en primero de ESO, todavía buscan el contacto físico. Es un tema delicado, porque al rol de pro-

fesor le conviene cierta distancia y porque, con doce o trece años, los niños tienen que ir rompiendo el cascarón.

La mitad de las niñas de primero ya dominan su cuerpo. Caminan como caminarán y saben transmitir lo que sienten con precisión: hay una dicción del cuerpo. Entre los niños, destaca Izan con diferencia. Un hombre de doce años. Escribiendo, Izan no sabe juntar dos frases y se lía con cálculos sencillos, pero tiene un carisma que te obliga a tratarlo de igual a igual. Es el tipo de niño del que Sandra tiende a enamorarse.

Sandra se enamora a menudo pero desde la barrera. Esta noche ha soñado que se moría y Dios le concedía una prórroga de un día a condición de que lo dedicara a renovar el carné de identidad. Como era su último día de vida, a Sandra le daba por querer a la gente. Por la funcionaria de la comisaría sentía un amor tan bonito que le entraban ganas de llorar. Todo lo vivía por dentro, en realidad lo que pasaba en el sueño era muy soso, con el tique de su turno y tal, pero ella sabía que era su último día en el mundo y eso le hacía vivir cada momento con intensidad. Es absurdo no vivir la vida, este era el mensaje, y el primer minuto después de despertarse le ha parecido genial y lleno de significado, pero a media mañana ya se ha convertido en el típico eslogan.

Pero algún rastro le habrá dejado porque, con Minu al lado y el café de media mañana, Sandra lee el *Exprés*

de Sant Andreu, el programa de las fiestas del barrio, como buscando alguna actividad interesante y eso sería un salto de nivel porque, hasta ahora, Minu y ella solo almuerzan juntos o salen a tomar algo después de clase y Minu muerde el anzuelo y dice hostia, pincha Ivana Ray Singh, y aunque Sandra no tiene ni idea de quién es Ivana Ray Singh dice hostia, pues sí.

Izan se despierta empalmado. Qué gusto restregarla contra el suelo. ¡Uah, qué bien he dormío! Ya ves, dice su prima la Luz. Han dormido en el río.

Izan y Luz son primos y vecinos. Viven en el centro de Santa Coloma, en casas añadidas al terrado de un macroedificio de los años sesenta. No las legalizaron hasta los noventa. Son viviendas construidas en vertical, veinte metros cuadrados abajo y quince arriba, aprovechando la caja del ascensor. La escalera, muy empinada, ocupa el centro: parece que vivan en un faro. Dúplex con excelentes vistas, se burla el padre de Izan, pero es verdad. La putada es que las paredes son de pladur, y el tejado, de uralita: cuando hace calor, hace más calor dentro que fuera y a veces van a pasar la noche a la orilla del Besós con esterillas, nevera y sillas de camping. Los mayores se quedan charlando hasta las tantas y los niños se van a dormir cuando quieren.

—Tus papás están dormíos —dice su tío Ricardo, fumando.

Su padre levanta la cabeza.

—Me voy yendo —dice Izan.

—Dame un beso.

Pero hoy Izan no da besos. Todavía está enfadado. Ayer, en casa, lo volvió a intentar. No le dejan ir de campamento porque tienen que ir todos a ver a un primo que le quitan un pulmón. Se sentó en medio de las escaleras a suplicar. En bolas para dar lástima. Abajo, sus padres miraron y se partieron de risa, los cabrones. Izan subió corriendo a su habitación y se tiró a la cama a llorar. Sus padres entraron y su madre dijo perdona, es que estabas to quejica y te colgaba el rabo un escalón entero. Izan dijo dejarme en paz y vaya rabo, nen, dijo su padre, aguantándose la risa, y venga, no te lo tomes así.

—¿Pasas por casa?

—Qué va, llevo tarde.

—¿A primera hora quién tienes?

—Naturales.

—¿Quién?

—La Sandra.

—Ah, bueno.

—Mañana tengo examen.

—¿Ya?

—Parciales.

—Joder.

—De tecno.

—Pues esta tarde a estudiar.

—Ya ves.

El Dingo, que es medio pastor alemán, lo acompaña hasta donde se acaba el césped. Izan se lava la cara en la fuente y desayuna en el bar del Antonio, su padre pasará a pagar. El Lucas juega a la máquina tragaperras. ¿Suelta o no suelta? Va soltando pero vaya. Cruza el puente de Can Peixauet mientras sale el sol e ilumina la torre Agbar. Mola una ciudad con un pollón como la torre Agbar. Cuerpo de niño, rabo de hombre. Aún no se le ha ido el gustillo. En la calle Potosí se mete en el parking de una nave industrial y se hace una paja entre dos coches. Se corre en un minuto. Cruza las vías súper relajado. Desde el puente de Palomar se ven miles de ventanas, venga tos pa arriba, ¡a currar!

Pero a él, en la puerta del insti, le cae el aburrimiento encima como alquitrán. Por el pasillo se encuentra a la Sandra, que viene con prisas, parece que también haya dormido en el río.

—Vaya jeto, seño.

Sandra se enamora a menudo pero Albert, como no lo entiende, no se lo cree. Allá él, porque para Sandra el amor es una luz que irradia y que ilumina todo tipo de figuras. Las figuras pueden ser variadas pero la luz es luz sin distinciones. La mente clasifica, el corazón no. Albert dijo que Sandra, en realidad, aún no se había enamorado de verdad y a Sandra ese argumento le dio rabia porque zanjaba la discusión. Albert es once años mayor y se aprovecha. Y lo que más rabia le da, a Sandra, es que ella acata. En el fondo le mola que sea un tío que está más allá de sus posibilidades, que no es cierto, es una patraña, pero es de esas patrañas que te las sabes pero siempre caes y es la putada de tener el ego herido.

Albert fue su profe en la universidad. A ella le gustaba sin expectativas, pero un día se encontraron volviendo juntos en el tren y Albert le enseñó un libro para niños que estaba escribiendo, cuarenta folios encuadernados. Dijo por qué no te lo quedas y, si tienes

algún comentario, guay. Ella dijo no sé, el título era rebuscado, *He visto pasar un cangrejo en bicicleta*, pero él insistió porque le interesaban varios tipos de lectores, que no se sintiera obligada y le apuntó el teléfono en la segunda página, que no se viera por fuera. Ella no lo llamó pero leyó *He visto pasar un cangrejo en bicicleta* y le pareció que tenía gracia. Y cuando volvió a encontrárselo en el tren, con el curso terminado y las notas puestas, le dijo que lo había leído y ah, ¿qué tal?, y ella muy bien pero no supo qué más decir, qué podía decir, él era un escritor de verdad. Él dijo vamos a tomar un café y ella no sé, y él va, que sí, y ahí empezaron.

Y está bien pero Sandra todavía va con el freno y eso que llevan dos años. Están pensando en irse a vivir juntos y Sandra se estresa porque no está segura de que Albert sea la apuesta. Pero también piensa que es culpa suya —siempre la culpa— porque no se atreve a coger las cosas buenas de la vida cuando las tiene delante. Sandra fue imprudente, en parte para asustarlo, y cuando Albert le vio el primer corte en el muslo, ella dijo que se lo había hecho en el instituto, serrando madera.